

(Diálogo sobre los Diálogos)

- ¿No me reconoce, don Salvador?
- ¡Por supuesto! Usted es la señora Peralta de Castera.
- Llámeme Ángela, o Ruiseñor.
- Es un privilegio que se haya usted molestado en venir hasta la calle de Salvador Novo a ver a Salvador Novo.
- Usted tendrá una calle, pero no una pérgola, como yo.
- Si tuviera cien años de muerto como usted, quizá tendría no una pérgola, sino un viaducto. Pero dejémonos de nomenclaturas. ¿A qué debo el honor de su visita?
- Quise venir a felicitarlo por la representación de sus *Diálogos* en el Teatro Xola, función a la que asistí el lunes pasado a invitación expresa de doña Leona Vicario.
- Doña Leona aparece en uno de mis *Diálogos*.
- Maravillosamente interpretada por la actriz Ofelia Guilmáin. Yo pensaba que con Soledad Cordero, muerta en 1847, se habían terminado las buenas actrices mexicanas.
- Ofelia nació en España.
- Entonces estaba yo en lo cierto. Excelentes actrices también lo son Marilú Elizaga y Aurora Molina, ¿Mexicanas?
- No, españolas también.
- En mis tiempos había una magnífica actriz española radicada en México: doña María Cañete. ¿La recuerda usted?
- Solamente de oídas.
- Los actores que leen sus *Diálogos* no son tampoco malos, aunque no están a la altura de las actrices. El mejor es don Augusto Benedico, de quien no necesita usted aclararme que es español, pues basta escucharlo. En cambio don José Gálvez estuvo gris en la preciosa obrita intitulada *El tercer Fausto*. Gálvez es mexicano, ¿no es cierto?
- No, Ruiseñor . . . es colombiano.
- Bueno, la mejor temporada que yo realicé en México fue al lado de un tenor extranjero: Enrico Tamberlick, y el único gobernante que me rindió homenaje mientras viví, fue también extranjero: se llamaba Maximiliano. ¡Ay, don Salvador!,

- ¿qué haríamos sin los extranjeros en México?
- Sería conveniente formularle esa pregunta a don Carlos Bracho, quien se ha dedicado a atacar a los actores no mexicanos.
- No lo conozco. En fin, no vine a conversar sobre la inmigración, sino a felicitar a usted y a los actores que toman parte en estos *Diálogos*. Fue un bello espectáculo. ¡Y qué bien dirigido! Me alegra saber que al menos hay buenos directores mexicanos.
- Rafael López Miarnau, el director, es también español.
- ¡*Madona mía!* Oh, perdón por la expresión italiana, pero como me educé en Milán . . . Pues es un gran director escénico que hubiese querido tener para el montaje de las óperas que yo cantaba. ¡Eran tan malos los directores en mi época!
- Lo siguen siendo en la actualidad, salvo honrosas excepciones, como la de López Miarnau.
- ¿Es una autocrítica?
- Yo ante todo soy un escritor. Si he dirigido ha sido sólo como un ejercicio teatral. ¿De modo que le gustaron mis *Diálogos*, Angelita?
- Mucho. Ya conocía algunos, pero vi que estrenaron dos: el de Isabel y Colón y el de Josefa Ortiz de Domínguez y Leona Vicario. Este último es excelente, y lo es más aún con la actuación de Ofelia Guilmáin.
- Marilú Elizaga está muy bien en la periodista norteamericana que entrevistó a Diego Rivera. ¿No lo cree usted así, Ruisñor?
- Está muy bien, en efecto. Y lo mismo Aurora Molina en la Eva y en la Eulalia Guzmán. No comprendo por qué trabaja tan poco Aurora si es tan estupenda actriz.
- Porque en México se sigue practicando la vieja costumbre de no reconocer el talento, ya sea de propios o de extraños.
- Pues se ha evolucionado, porque en mis tiempos sólo se reconocía el talento de los extraños y no de los propios.
- En verdad me siento muy halagado de que haya venido a visitarme una notabilidad como la suya sólo para felicitar me por mis *Diálogos*.
- No he venido sólo para eso, don Salvador.
- ¿No? Ah, ya comprendo: desea que le haga un epigrama.

- ¡Dios me asista! Sus epigramas están escritos con tinta de cicuta. Lo que deseo es un *Diálogo* en que yo aparezca, y he venido a reclamarle el que no se haya acordado de mí.
- Prometo subsanar el olvido. ¿Con quién le agradecería dialogar imaginariamente, Ruiseñor?
- No sé... Quizá con Ernestina Garfias, o con Irma González, para decirles cuatro verdades. Lo dejo a su elección. Y también lo felicito como actor, pues la noche que asistí al teatro, representó usted el papel de Diego Rivera, y lo hizo muy bien, pero no pude aguantar que mi risa cantarina brotase de mis labios. ¡Usted, que escribió la *Diegada*!
- ¡No me diga que usted ha leído eso!
- ¿Por qué no? He leído todo cuanto usted ha escrito.
- Me ha hecho ruborizar.
- Seré la primera persona que lo ha conseguido. Debo marcharme ahora, señor Novo. Ha sido un placer charlar con un hombre ilustre como usted. Ya tendremos tiempo de hacerlo más largo cuando nos veamos en la Rotonda.
- Me agradecerá la compañía de algunos de los que allí están, aunque no de otros, pero deseo que ese agrado o desagrado tarde aún bastante en llegar.
- Yo también lo deseo. Adiós, don Salvador. ¡Y escriba mi *Diálogo*, no se olvide! Le prometo cantarle *Traviata* todos los días durante toda la eternidad.
- Entonces jamás escribiré el *Diálogo*. Adiós, Angelita. Saludos a don Eugenio y a don Julián, sus dos esposos.

23 de enero de 1972

DE UN INGLÉS A UN ITALIANO

Al muy honorable comendatore Giacomo Barabino.
 Vuestra Señoría:

“El afecto que profeso a vuestro honor no tiene fin, y este opúsculo, sin comienzo, es tan sólo una porción insignificante.” Perdo-